



LA FELICIDAD
DEL MALVADO

José Antonio Cano Miret

LA FELICIDAD
DEL MALVADO



Primera edición: septiembre de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Antonio Cano Miret

ISBN: 978-84-19899-48-4

ISBN digital: 978-84-19899-49-1

Depósito legal: M-25926-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Fansta

La felicidad del malvado, esa vieja objeción contra
la idea de un Creador misericordioso
o al menos honorable...

E. CIORAN

¿Qué sabe usted de Cervantes?

Todo comenzó hace unos cinco mil millones de años, dijo la conferenciante; el Sol, una de las miles de millones de estrellas de nuestra galaxia, a su vez una de las miles de millones de galaxias de nuestro universo, surgió por entre el caos de la materia y la oscuridad como un foco de luz absoluta rodeado de polvo cósmico y de rocas incandescentes que chocaban incesantemente entre sí doblando a cada encuentro su tamaño, como si se devorasen las unas a las otras; así fueron naciendo los planetas y el resto de los demás cuerpos celestes de nuestro sistema, masas infernales de gas y fuego girando enloquecidamente sobre sí mismas a merced de la fuerza gravitatoria del Sol; el nuestro, la Tierra, tras miles de millones de años de internas explosiones volcánicas y ataques externos de infinitos asteroides y meteoritos que lo bombardearon con la fuerza de infinitos misiles termonucleares, evolucionó hasta convertirse en un esférico cadáver azul flotando ordenadamente en el vacío, y en el que, no obstante, muchos otros cientos de millones de años después, la vida se las arregló para establecerse de forma no menos organizada que milagrosa, dijo la conferenciante.

Y cuando esta desaparezca, siguió diciendo la conferenciante tras una breve pausa para beber agua de su botella y ya de paso empezar a recoger sus papeles, cuando al fin no quede ningún rastro de vida en el planeta, dijo, la Tierra volverá a ser un bonito cadáver viajero con otros cinco mil de millones de años por delante. Y, durante todo ese tiempo, y ya para siempre, para la infinita indiferencia del universo, que nunca habrá sabido nada de nuestra existencia, será

como si no hubiésemos muerto. He ahí nuestra anhelada y más que segura inmortalidad, concluyó la conferenciante.

Y a continuación, sin agregar una palabra más, terminó rápidamente de recoger sus garrapateados papeles tachonados con pequeñas notas adhesivas de colores, los depositó sin mucho cuidado en una bolsa de tela blanca que luego se colgó a la espalda en bandolera y se despidió con prisas de nosotros, su finito, intrascendente y algún día inmortal público, con un gesto nervioso de una mano que lo mismo podía interpretarse como un «y ya no tengo más que decir» que un «anda y que os den a todos juntos», al tiempo que con la otra se iba sacando un arrugado paquete de cigarrillos del bolsillo trasero de sus deslavados vaqueros azules.

En todo eso iba pensando yo esa noche después de la conferencia mientras caminaba de regreso a mi apartamento bajo el millonario titileo de las estrellas. Bien es cierto que con una tendencia de enfoque más proclive a la conferenciante que a la conferencia misma: hablaba el inglés con un acento europeo, como yo, aunque el de ella ni tan grafitero ni tan estropajoso y fácilmente rastreable como de un país mucho más al norte que el mío. Su nombre, que, no sé si de manera intencionada, aparecía en grandes letras impresas en color amarillo solar en el folleto de la conferencia, venía a corroborar las primeras intuiciones: Dra. Elka Lund, del departamento de Astrofísica y Astrobiología de la universidad. Habría llegado allí como yo, atraída por un trabajo más o menos estable (menos, en mi caso). No éramos pocos los extranjeros empantanados en aquel remoto universo dejado de la mano de Dios: por supuesto, ingenieros, matemáticos, físicos, químicos, biólogos y, en general, científicos e investigadores de las variadas ramas del recio saber empírico, pero también filósofos, sociólogos, teólogos, historiadores, lingüistas y pensadores múltiples, con o sin disciplina, además, claro está, de los instructores de casi todas las lenguas y literaturas conocidas, antiguas o modernas, como era el caso —y lo sigue siendo— de las mías: hombres y mujeres

provenientes de medio mundo, todos expertos en sus respectivos campos, todos rebosantes de diplomas y logros académicos que, junto con el grupo aplastantemente mayoritario de los profesores nativos, formaban el amplio conglomerado laboral de aquel gran complejo universitario alejado de las incertidumbres de la civilización.

Bueno, todos no: en realidad, yo no era uno de ellos, *stricto sensu*, lo mío había sido más un accidente que otra cosa. Unos meses atrás me había llegado —de rebote, a través de un conocido de un conocido— una invitación para cubrir una suplencia de profesor de español durante el siguiente semestre de otoño en una universidad de segundo orden del sur de los Estados Unidos. Mis méritos académicos en aquel momento se limitaban a un breve compendio de literatura española expresa y poco cuidadosamente elaborado para su uso exclusivo en el centro privado de enseñanza media donde había estado dando clases los últimos tres años y del que acababan de despedirme, unos pocos artículos de investigación sobre temas dispares de no mucho interés y ninguna trascendencia, un par de libritos de relatos sin conexión interna ni externa (es decir, sin lectores) y un amago de novelita a medio terminar en la que llevaba trabajando algún tiempo pero que todavía no tenía ni título ni mucho menos editor. Este raquítrico bagaje profesional —supe luego— se había visto fuertemente revitalizado a la hora de tomar la decisión de ofrecerme el trabajo por el hecho de que al menos tres candidatos antes de mí ya lo hubieran rechazado. Pero yo había sobrepasado el ecuador de la cuarentena y me encontraba sin trabajo ni perspectivas inmediatas de ningún tipo de ingresos y no pude permitirme el lujo de elegir.

Así es como había recalado en aquel multicultural y multidisciplinario agujero negro un par de semanas atrás, hacia finales de agosto. Dificilmente podía prever yo entonces la complicada experiencia que me aguardaba. Ya solo llegar hasta allí había sido toda una odisea: primero había tenido que sufrir ensardinado en el diminuto asiento de un avión durante casi

diez horas únicamente para cruzar el Atlántico, y acto seguido someterme a otro suplicio aeroespacial algo más corto, aunque no menos cruel, para llegar al aeropuerto que me situaba más cerca de mi destino final, el cual, a pesar del derroche de desplazamiento ya efectuado, todavía se hallaba a cincuenta millas de distancia por carretera. Ignoraba yo entonces las razones por las que se consideraba necesario alejarse tanto de la civilización para instruir sobre sus logros y maravillas, pero en alguna parte he leído luego que, en sus años fundacionales, había sido práctica habitual en esa parte del mundo ubicar sus universidades en sus parajes menos universales en el doble sentido de extensión y pertenencia, con acusada proclividad por despoblados boscosos o directamente selváticos, cuando no desiertas encrucijadas de antiguas diligencias polvorientas, de modo que sus universitarios nunca tuvieran que hacer frente al doloroso trauma, común al resto de los mortales, de descubrir la peligrosa existencia de una realidad exterior plagada de sutiles y complejos enmarañamientos.

Me vi obligado a agenciarme un coche de alquiler, pues, porque, en contra de lo que me habían prometido, nadie se presentó a recogerme en este segundo aeropuerto, y solo por carretera se podía acceder a mi nuevo lugar de trabajo, en un país, por otra parte, totalmente ajeno al concepto de transporte público interurbano. Téngase en cuenta, además, que en aquellos todavía cercanos años —verano del 2000— pero aparentemente distantes por culpa del vertiginoso desarrollo que desde entonces han experimentado las nuevas tecnologías, en especial los estúpidos móviles (aunque entonces todavía no tanto, porque los que había lo eran de verdad, para hacer llamadas, no parques recreativos infantiles, como ahora... o también anti-gimnasios del alma, aparatos diseñados para hacer trampas y eludir la penosa pero necesaria musculación espiritual), las comunicaciones no eran tan fluidas como los son hoy en día. Yo, desde luego, no tenía uno de esos (y sigo sin tenerlo).

Recorrí los primeros kilómetros con la inquietud propia del forastero que se adentra en un territorio desconocido sin tener la

completa seguridad de estar avanzando en la dirección correcta. Una señal de carretera me liberó de esa ansiedad, pero un súbito vendaval acompañado de una lluvia torrencial vino de pronto a suplirla con otra nueva aún mayor. El agua se estrellaba tan violentamente contra el parabrisas que ya solo era posible intuir la carretera, y aun eso a duras penas. Nunca había visto llover así, salvo, si acaso, en las películas, cuando los de efectos especiales apuntan las mangueras de los bomberos contra el coche del protagonista para fingir un temporal; si no paraba en algún sitio iba acabar mal. Tomé la primera salida que vi y recalé en una gasolinera. La lluvia caía ahora furiosa, huracanada, como si fuese el instrumento de una reprimenda bíblica. Había un motel justo al lado, también como en las películas, y no lo dudé ni un segundo.

Afortunadamente, la recepcionista era una mujer negra muy voluminosa que en nada recordaba a Anthony Perkins. Me asignó una habitación en la segunda planta cuya puerta no abría, parecía atrancada; tuve que volver a la recepción a pedirle ayuda. En ese momento estaba atendiendo a una mujer más o menos de mi edad, muy atractiva, no exactamente guapa, pero sí muy atractiva (me hizo pensar en una frase famosa del cine ingenuo de los cincuenta que no recordaba bien: «La belleza depende de quien la contempla», o algo así); también a ella le habría sorprendido el temporal en medio de la carretera. Cuando la recepcionista quedó libre, traté de explicarle mi problema lo mejor que pude (mi inglés nunca muy presentable, mucho menos entonces, claro está), y la mujer muy atractiva, cuya belleza, según el cine de los cincuenta, dependía de la contemplación ajena me sonrió y me envolvió en una mirada de simpatía. La recepcionista decidió acompañarme a la habitación para ver cuál era el problema y, cuando nos dirigíamos hacia el ascensor, la mujer, sin dejar de sonreír, me dijo en un español con acento, aunque no americano, de otro sitio, no sé de dónde: «Buena suerte con su puerta». Toda mi vida he sido torpe con las mujeres; me intimidan, especialmente las más inteligentes: siempre son amables, nunca intentan imponerse o hacerte sentir

inferior, y si se dan cuenta de que eres tonto, se lo callan, no tratan de humillarte, como hacen los hombres; de modo que siempre tengo la inseguridad de si estarán pensando que soy tonto o no, y entonces me atasco y no se me ocurre nada. O sea que solo acerté a sonreír yo también y me fui con la recepcionista.

Esa noche me dormí pensando en la mujer. A la mañana siguiente me demoré un rato en el *lobby* de la entrada, que también servía de sala de desayunos, con la esperanza de encontrármela. Pero no la vi, seguro que ya se habría marchado: una persona sería que madruga y se enfoca en lo suyo y no se entretiene con tarambanas, especialmente cuando no saben qué contestar después de decirles «buena suerte con su puerta». Me eché yo también a la carretera y ya no paré hasta llegar a la universidad.

El campus era enorme y me costó dar con el departamento de Lenguas Modernas donde se impartían las clases de español y donde, por consiguiente, iba yo a trabajar los siguientes cuatro meses, que es lo que, contradictoriamente, duraba el semestre de otoño, de mediados de agosto a mediados de diciembre. El jefe del departamento (o *chair*, como los llaman allí) me recibió con gran amabilidad. No se parecía en nada, pero no pude evitar pensar en Jack Lemmon todo el rato mientras hablaba con él ese primer día (como tampoco pude luego los muchos otros que traté con él, o incluso ahora mismo que lo estoy recordando): un Jack Lemmon ya viejo. Se defendía en español con bastante soltura, aunque él pertenecía a la sección de francés, donde impartía una clase semestral sobre los distintos dialectos franceses de la Louisiana: «*Standard, Creole y Cajun*», me instruyó solícito con ese movimiento nervioso de mandíbula que caracterizaba al inolvidable protagonista de *El apartamento*. Me informó de que era un privilegio exclusivo del *chair*, como compensación por sus muchas tareas, el no dar más que una clase; lo normal eran dos, y a veces hasta tres, dependía. Le correspondía a la encargada de la sección de español, la doctora Villalobos-Mendelssohn-Cienfuegos —«Ángela de nombre de pila», añadió, y le oí murmurar entre dientes: «Aunque no sé

yo si no será esa anabaptista, yo no sería muy sorprendido»—, el asignarme la carga de mis obligaciones e instruirme sobre los siguientes pasos a dar. Me indicó dónde estaba su oficina y se disculpó por no acompañarme porque tenía que quedarse a poner un poco de orden en la suya, en la que hacía tiempo que estaba todo, dijo, «hombro por manga».

La doctora Villalobos-Mendelsohn-Cienfuegos, Ángela de nombre de pila, me recibió sin mucha ceremonia, me invitó a tomar asiento sin mucho entusiasmo y se disculpó sin mucha consistencia por no haber enviado a nadie a recogerme. Habían tenido tornados el día anterior, «algo nada inusual en esta época del año», me informó —como luego tuve ocasión de comprobar—, y, al parecer, hasta los niños con mayor fracaso escolar sabían que solo un ignorante o alguien cerebralmente muy perjudicado se metería en la carretera en esas condiciones; desafortunadamente, dado que, claro, viniendo yo de donde venía, todavía estaba anclado en el pasado y no me hallaba al tanto de las últimas tecnologías y no poseía, en consecuencia, uno de esos nuevos teléfonos móviles, con los que tan fácil habría sido hacerme llegar las debidas instrucciones, no habían tenido modo de avisarme y habían asumido en el departamento que me quedaría a pasar la noche en alguno de los moteles del aeropuerto y les contactaría por teléfono a la mañana siguiente, «lo que hubiera hecho una persona normal en un caso así», concluyó cerrando los ojos y frunciendo mucho los labios, en un no reprimido gesto de infinita resignación ante las increíbles deficiencias humanas. A continuación, pasó a darme los detalles de mi alojamiento en una de las viviendas para invitados de la universidad y me comunicó que un estudiante graduado iba a ayudarme con «los trámites administrativos, la instalación y todo eso», dijo, y añadió para sí en voz muy baja pero que yo pude oír perfectamente: «A ver si al menos sirve para eso ese inútil». Luego se puso a buscar en los cajones de su escritorio, sacó una de esas carpetas azules con gomas elásticas en las esquinas tan olvidadas ya que es como si nunca hubieran muerto, rebuscó un poco, sacó un

folio, lo miró un rato, se quedó pensativa y, por fin, me preguntó de golpe:

—¿Qué sabe usted de Cervantes?

—¿Cervantes? —repetí yo, pillado de sorpresa.

—Sí, sí, Cervantes —confirmó ella, y la oí murmurar, sin mucho disimulo—: Vaya, nos ha tocado otro sordo —tras lo cual añadió sin atisbo de arrepentimiento—: Ese era de donde es usted, ¿no?

—¿Cervantes? —tuve que repetir otra vez—. Sí, claro... Bueno, yo soy de Madrid... pero muy cerquita de Alcalá, sí.

—Vale —me cortó la doctora Villalobos-Mendelssohn-Cienfuegos, Ángela de nombre de pila, aunque quién sabe si no sería anabaptista, al *chair* no le habría sorprendido lo más mínimo—: Va a dar usted dos clases de Cervantes. Empezamos mañana. A las ocho aquí en mi oficina, y ya le llevo yo al aula.

El estudiante graduado resultó ser bastante útil, en contra del pesimismo de la encargada de sección: me ayudó a conseguir las llaves, a instalarme y hasta a devolver el coche de alquiler. «Vaya, otro loco conduciendo en medio de un tornado», me pareció entender que dijo, más o menos, el empleado de la agencia cuando le entregué el vehículo.

El apartamento que me asignaron era pequeño, pero cómodo, a la americana. Se ubicaba en un complejo de dos plantas que recordaba a una corrala, salvo que, en el centro, en vez de un patio de vecinos, había una piscina que entonces estaba vacía pero que sin duda había sido popular hacía poco, porque se veían muchas mesas y tumbonas de plástico arrumbadas a su alrededor. El edificio estaba situado en los confines mismos del campus, pegado ya a los linderos del bosque pantanoso que lo rodeaba por su parte este y norte, mientras que por el sur y el oeste limitaba con un río cuyo caudal probablemente equivalía al de todos los ríos juntos de mi país y con una pequeña ciudad que, como una excrecencia, seguramente habría crecido a su lado para abastecerlo y cubrir sus necesidades logísticas. Al revés que en Europa, donde las ciudades habían hecho nacer universidades, aquí era la universidad la que había generado

la ciudad, con sus juzgados, sus dependencias municipales y sus iglesias, por mencionar tres de las instituciones que habitualmente crecen en todas partes, como las setas, y que, como estas, pueden llegar a ser indigestas y, en ocasiones, hasta venenosas.

Afortunadamente, ese bloque de viviendas no albergaba estudiantes, estaba reservado para trabajadores de la universidad, algunos ya jubilados, como debía ser el caso del vecino que tenía a la derecha, un hombre negro muy mayor, bastante alto, alguien que sin duda había sido muy fuerte, algo le quedaba todavía.

Las veces que entré y salí ese primer día en busca de provisiones o simplemente para reconocer el terreno y tratar de ubicarme en mi nuevo destino, lo vi siempre afuera, en el corredor o galería balconada a que daban las puertas de todos los apartamentos, balanceándose en una mecedora y fumando en pipa.

A la mañana siguiente me presenté puntual en el despacho de la doctora *Tres Nombres*, como luego me enteré de que la llamaban todos a sus espaldas y como, por tanto, empecé a llamarla yo también a sus espaldas a partir de ese momento, y por eso lo hago ahora que, supongo, no me escucha. El edificio de Lenguas Modernas era antiguo, casi como la universidad misma, digamos que unos ciento cincuenta años. Tenía tres plantas y un sótano, con cerca de doscientas dependencias en total entre despachos, aulas, oficinas, salas de reuniones, laboratorios de lenguas, archivos, servicios y cuartos de almacenaje y mantenimiento en general. Como él habría unos cuarenta más distribuidos por todo el campus, además de bibliotecas, instalaciones deportivas —incluyendo, entre otras, un campo de fútbol americano, un coliseo, varios gimnasios, pistas de atletismo y un centro acuático—, residencias de estudiantes, bloques de apartamentos como el mío, servicios de transporte, tiendas, restaurantes, cines, áreas sociales y, en general, todo lo que pueda encontrarse en una pequeña comunidad privada habitada por ricos y firmemente controlada por la propia policía de la universidad. La doctora *Tres Nombres* me llevó por corredores, pasillos, ascensores y escaleras y me depositó en un aula donde

habría unos diez o doce estudiantes esperando, entre los que reconocí enseguida al que me había ayudado el día anterior, lo que me hizo sentirme menos extraño.

—Aquí va a dar usted sus clases. A las doce en mi oficina. No se retrase, tenemos reunión a las doce y cuarto en la sala de juntas para presentarle al resto del profesorado.

—Un momento —le dije yo—. ¿Hay un programa de la clase, algo?

—El que usted quiera —dijo—. Usted es el que lo sabe todo de Cervantes, ¿no? —enarcó las cejas y se dio media vuelta añadiendo en voz alta y perfectamente audible—: No, si al final va a tener que hacerlo una todo —y se marchó por donde supongo que se iba a su oficina.

Como no tenía nada preparado y no sabía qué hacer, comencé la clase preguntando a los estudiantes qué sabían de Cervantes. Uno dijo que era un hidalgo que se había vuelto loco de tanto escribir; otro, que le gustaba escribir hasta en la cárcel y, un tercero, que había sido soldado y había estado en la guerra. Después de un silencio en el que todos parecían estar buscando algo más que decir, el estudiante que ya conocía, el que me había ayudado el día anterior, levantó la mano y preguntó:

—¿Sabe usted si mató a alguien en la guerra?

Pasé el resto de la mañana trastornado con la idea de Cervantes matando a alguien en la guerra. Tendría que haber sido un pobre turco, supongo, uno que lo mismo tenía familia, quién sabe si mujer e hijos, los cuales nunca habrían llegado a enterarse de que a su padre lo había matado nada menos que el padre de la literatura española, el autor de *El Quijote*. Con suerte fue el mismo que le disparó a él en el pecho y lo dejó medio manco, y entonces al menos se lo habría buscado: Cervantes le habría dado una cuchillada con la otra mano, la buena, la que usaba para escribir —al menos a partir de entonces—, o le habría disparado con su arcabuz, si es que todavía tenía uno y podía manejarlo con un solo brazo, el derecho: el izquierdo hecho trizas, lleno de sangre, alguna

costilla y los pectorales seguramente al aire; menudo dolor... Con todo, resultaba difícil asociar a un ser tan extraordinario, capaz de subsumir en una sencilla fórmula moral la diabólica complejidad del mundo, con la violencia humana. Y sin embargo la historia muestra que son incontables los casos de los que han aprovechado un breve descanso entre dos espachurramientos de cabezas enemigas para escribir páginas rebosantes de brumas lejanas y espumas sobre las olas, es decir, de eso que llaman buena literatura. En los tiempos de Cervantes, desde luego. Por poner un par de ejemplos sin salirnos de casa, ahí están dos de sus afamados hermanos españoles del llamado Siglo de Oro, Lope y Calderón, ambos asimismo ocasionales soldados (sus abuelos, los del «... ora la pluma, ora la espada», como Garcilaso, o sus bisabuelos, como el Jorge Manrique de *Las coplas*, casos aún más evidentes, notabilísimos poetas borrados del libro de la vida en plena tarea de tratar de abrirle la crisma a alguien); pero también en todos los demás tiempos, desde los remotos y gloriosos en que se escribió *La Iliada* o los posteriores en que Julio César se paseó por el universo conocido repartiendo hostias y adjetivos con que describirlas, hasta los más modernos y prosaicos, en los que, por seguir con los ejemplos binarios, aunque ya no tan locales, podríamos destacar el del aviador militar a ratos Saint-Exupéry, autor de *El Principito*, el libro más leído por los inocentes, o el del mismísimo *prime minister* británico Sir Winston Churchill, que arrampló no solo con el ejército nazi, sino también con el Nobel de Literatura en 1953. Resulta obvio, en cualquier caso, que Cervantes, el *number one*, no era renuente al uso y disfrute de las armas, aunque solo fuese, como opinaba su no se sabe si enajenada criatura, para defender las repúblicas, conservar los reinos, guardar las ciudades, asegurar los caminos y, ya puestos, despejar los mares de corsarios.

La reunión tuvo que empezar con retraso porque me perdí: abrí al menos tres puertas antes de dar con la oficina de *Tres Nombres*, que, al verme, hizo un gesto ostentoso de algo así como «ya me lo imaginaba yo». En la sala de juntas estaban algunos de

los profesores de la sección de español, todos mirando sus relojes de pulsera. Presidía el *chair* del departamento Jack Lemmon, que comenzó dirigiéndose a los presentes diciendo: «Vale menos nunca que tarde». A continuación, habló *Three Names*, como en realidad la llamaban, yo lo he españolizado para que se entendiera mejor: me presentó diciendo que me había asignado las clases de Cervantes porque éramos del mismo pueblo y yo le había asegurado que lo sabía todo de él, y que, si alguien tenía una pregunta, mejor que no, porque se nos pasaba la hora del almuerzo. Uno bajito con cara de honesto agricultor que, supe luego, daba clases de Fonética Aplicada, levantó la mano —y se pudo escuchar claramente a *Three Names* susurrar en voz pretendidamente baja: «¡Oh, no, el pesado!»—, me dio la bienvenida y me preguntó: «¿Qué obra de Cervantes es su favorita?».

—Ni le conteste —dijo, esta vez en voz alta, la encargada de la sección, Ángela de nombre de pila, con o sin bautizo—, o nos quedamos sin *lunch* —tras lo cual Jack Lemmon, moviendo rápidamente la cabeza de un lado a otro y enseñando mucho los dientes, sentenció—: Bien está lo que acaba —y salieron todos disparados por la puerta.

De vuelta a mi apartamento tras la última clase, esa tarde, vi desde el patio-piscina a mi vecino de la derecha sentado en la balconada fumando su pipa. Tenía un gato al lado que, juro por lo más sagrado, me pareció que estaba hablando y se callaba de golpe al verme subir por las escaleras.

Cuando llegué junto a ellos, el gato estaba limpiándose una garra, la lengua como una bayeta Vileda entre las corvas y afiladas uñas; luego se dio la vuelta y se tumbó mirando a otro lado.

—Buenas tardes —dijo mi vecino...

—*Good afternoon* —le dije yo también.

En las clases del siguiente día estuvimos hablando del *Coloquio de los perros*. En una de ellas, un estudiante, con buen juicio, apuntó que era imposible que los perros pudieran hablar, y otro refutó esa opinión aduciendo que él los había visto hablar en *101 dálmatas*.